

LO INJUSTIFICABLE

Como hecho histórico, la Transición es un fenómeno verdadero. Pero su historia oficial es completamente falsa. Falta en ella el postulado de correspondencia con lo ocurrido en la realidad. Cuando

Luis XVI huyó hasta Varennes, donde fue reconocido y detenido, la Asamblea Constituyente decretó por razones de Estado que había sido secuestrado. La mentira oficial se estableció, dentro y fuera de Francia, como un hecho incontrovertible. Esa injustificable atrocidad contra la lógica de la verdad provocó la verdadera Revolución. En los finales de la Guerra Fría, un tiempo de vigor universal de la mentira, los españoles salían de la dictadura sin saber siquiera cuál era y dónde estaba el camino manso, por el primer atajo que la policía les permitió recorrer. El atajo de los partidos de la Autoridad. El atajo del Estado de partidos estatales ideado para la Guerra Fría. La verdad yace en los archivos del Departamento de Estado, en los de la Cancillería alemana, en las memorias reprimidas de los actores de la Reforma. Las libertades constitucionales no son resultado de una conquista popular, sino de una concesión del Estado dictatorial, impuesta por potencias extranjeras para evitar el triunfo de la libertad política y la democracia en España. Es natural que esas potencias pusieran luego por las nubes a su propia obra oligárquica.

Si miramos los hechos inventados por la propaganda a la luz de los mejores argumentos que los justifican, pasamos de la mentira a la falacia. Los dos argumentos de los partidos de oposición a la dictadura, a favor de la Reforma, son contradictorios entre sí: era lo único que se podía hacer y lo mejor para la libertad. Si era lo único, sobraba lo mejor. Por esa evidente contradicción no se emplearon al mismo tiempo. Hasta la llegada al gobierno de los socialistas, la Reforma era justificable por ser lo único posible en la situación fáctica a comienzos del 77. Después, la Reforma se justificó por haber sido lo mejor para establecer la democracia. Aparte de su contradicción y analizados por separado, los dos argumentos son falaces. El primero incurre en lo que se llama «falacia genética o naturalista». El segundo, en lo que la filosofía lógica denomina «falacia del consecuente». Me ocuparé ahora de la primera. Consiste en derivar un «debe» moral de un «es» fáctico, una prescripción normativa de una pura descripción de hecho. Lo que inevitablemente lleva a confundir lo explicable con lo justificable. La situación fáctica explica la Reforma como hecho de poder, pero no la justifica como norma política.

El primero que llamó la atención sobre la falacia naturalista fue Hume: «Me sorprende que en vez de las usuales cópulas es y no es se conecten proposiciones mediante un debe o no debe. El cambio es imperceptible, pero de enorme importancia. Como este debe o no debe expresa alguna nueva relación o afirmación, es me-



nester que se tome nota de ello y se explique y que, a la vez, se dé razón de lo que parece del todo inconcebible; es decir, de cómo esta nueva relación (prescriptiva de conductas) puede deducirse de otras (descriptivas de hechos) enteramente distintas de ellas».

En la falacia naturalista está toda la consistencia de la ética situacionista y del oportunismo político. La participación en la Reforma autoritaria y liberal de la Dictadura no era lo único que podían hacer los demócratas. La situación de hecho les permitía la libertad creadora que encierra el No.

La negación del modo estatal de hacer la Reforma oligárquica, implicaba necesariamente la afirmación del modo civil de hacer la Ruptura democrática. Lo injustificable era que de una situación fáctica de poder, de un «es» en la relación de fuerzas, se derivase una conclusión ética, un «debe» de participar en la Reforma.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

BUENA ACOGIDA

El nombramiento de Mariano Rajoy como ministro del Interior ha tenido muy buena acogida en la lucha antiterrorista, según le cuentan a Juan Bravo agentes especializados. Se destaca su postura de firmeza frente al separatismo vasco, su reconocida capacidad de organización y su discreción. Aunque la labor que va a desarrollar tiene que ser, lógicamente, de continuidad de lo realizado por Jaime Mayor Oreja, que ha dejado el listón muy alto, se confía en que el nuevo ministro llegue a su altura e incluso que la supere.

En materia de lucha antiterrorista es muy difícil, y siempre arriesgado, hacer predicciones sobre lo que va a ocurrir en los próximos meses. Nadie duda de que Eta intentará seguir matando y destruyendo —es lo único que sabe hacer— pero también se confía en las Fuerzas de

Hay que pactarlo todo para que nada tenga su verdadero nombre y sus progenitores sean desconocidos. Guacamacos, espolones, judiscarios, judiscarios y eupátridas de toda laya pactan silencios y palabras, leyes y reglamentos, decisiones y purgaciones. Todo se pacta y con todo se trafica. Colecciones de dolor, cestas de lágrimas, naves de combate, instrumentos de tortura, justicias de salón y tinta muerta, inmigrantes que son grajos, hombres y mujeres a tierra, trabajadores con las rodillas rotas a una orden del sol y hasta la caída de la noche, sin días libres, sin hogar, sin ropa, sin nada más que su nada cansada. Una nada redonda y sin aristas. El chusmerío entra siempre en los pactos como adjudicatario de los intereses generales y del bien público. Pactos que comprimen el pluralismo, oprimen la libertad y exprimen la sustancia mollar de tanto consenso repetido. Antes, el pacto antiterrorista contra el nacionalismo antiterrorista. Como decía Claudio Rodríguez: «¡Todos cogidos de la mano, todos / cogi-



dos de la vida / en torno / de la humildad del hombre!». Pero no. Cogidos de la nada en torno de patrañas desmedidas. Pobladores de un mundo sin sentido que prefieren vivir en la puerta de Tannhäuser, donde todos los

momentos del pacto se perderán en el tiempo con el espermatorreo de odio y hiel de los que trafican con lágrimas bajo la lluvia.

Ahora es el pacto sobre la inmigración. Sobre mujeres y hombres enemigos a los que se convierte en presa o en cuota. Gente sierva a la que, de fugarse del circo de la norma, se perseguirá, esposará y azotará públicamente como ejemplo de la libertad imposible. Pacto humanitario que se arroja sobre la carroña en una catástrofe sin fin que, como el ángel nuevo de Walter Benjamin, acumula sin cesar ruina sobre ruina. «El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado». Pero una enorme tormenta se lo impide y lo devuelve al cielo. La tempestad lo aleja de todos los pactos y, en su lugar, queda indemne un cúmulo de ruinas y defecaciones. Todo ser humano, en su país. Fuera de su país, la guerra, el odio y el exterminio. En su país, hasta la muerte, por la muerte, para la muerte y contra la muerte. Su derecho es una raíz clavada en el centro de la tierra aborigen. Forma parte de ella como el recluso de su celda. No hay evasión posible. Ni más vida que la muerte que acecha y el hambre y el dolor que insisten en todas las esquinas. Carne de pacto, alma de consenso y rodillas rotas a una orden del sol y hasta la noche. Pasarán de esclavos a libres, de hombres a dioses y de mercancía a mercado. Serán la envidia de todos los iscaríotes de la tierra.

Aún queda lo mejor. El garrido convoy del pacto transita ya por estaciones cercanas al Anillo de Orión. El pacto por la justicia. Los pretoros se agavillan en procura de Astrea para liberarla de gañanes, guacamacos, espolones, solones de salón, judiscarios, judiscarios y arcángeles pánicos con la desolación en sus alas plegadas hasta el infinito. Los Concilios judiciales se aprestan a recibir togas con manguitos y guardapolvo, que es la mejor forma de administrar la tinta y el jabón de la justicia tutelada que se refugia en oficinas pletóricas de servicio, agilidad y precisión relojera. Oficinas moduladas con patrones estajanovistas donde todo el mundo es de este reino y ningún reino es ajeno a este mundo. «Tiempo del corazón, males del hombre, golpes de España», decía el pobre García Nieto, eterno partidario de que Garcilaso viviera para que fuese escudero de la justicia. Pero la justicia no admite escuderos, sino escudos que la protejan de la pasión por la verdad y la libertad. Manguitos y guardapolvos que la preserven del polvo de estrellas y arcángeles albriciadores. Todos los pactistas saben muy bien lo que se hacen. Consenso de sabios, disenso de gárrulos. Cuando hablen los rúbulas, callen los juriscultos. ¡Faltaría más!

Joaquín NAVARRO

